Historia militar y política

Madrid

[1893?]

Reel: 43 Title: 3

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

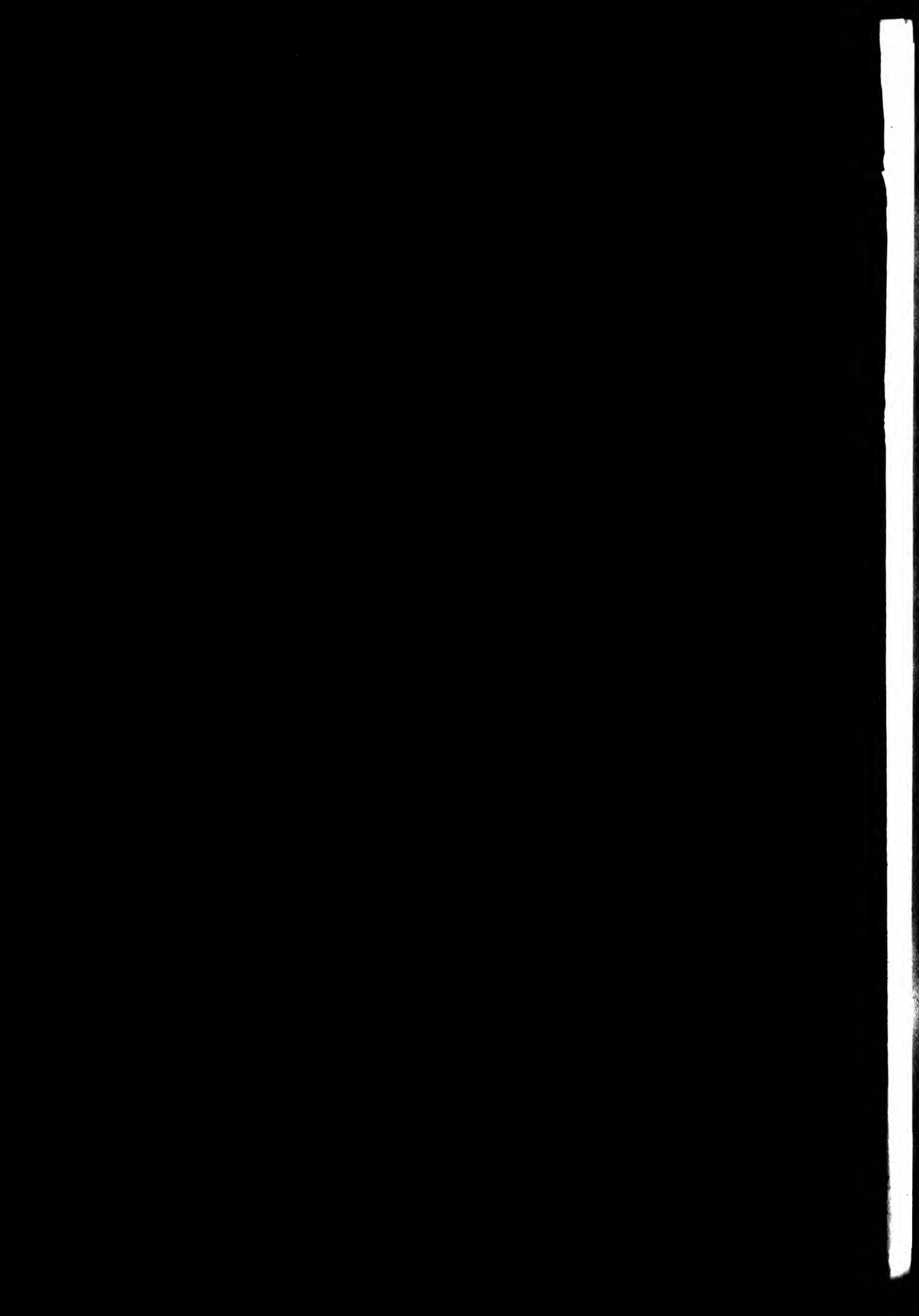
RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00043.03

Control Number: ADT-2959
OCLC Number : 29687834
Call Number : W 381.568 H629 v.3 MILI

Title : Historia militar y política de Don Tomas Zumalacarregui, y de los sucesos de la guerra de las provincias del Norte, enlazados á su época y á su nombre.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia de Zumalacarregui.
Note : Title vignette.
Subject : Zumalacárregui, Tomás, 1788-1835.
Subject : Chapbooks, Spanish.
Subject : Spain History Carlist War, 1833-1840.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CG



(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA MILITAR Y POLÍTICA

DE

DON TOMAS ZUMALACARREGUI,

y de los sucesos de la guerra de las provincias del Norte, enlazados á su época y á su nombre.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.



HISTORIA

DE

ZUMALACARREGUI.

CAPITULO PRIMERO.

Su nacimiento.—Su familia.—Sus primeros años.



entre los infinitos españoles que la fuerza de las circunstancias arrastró á la noble profesion de las armas la invasion de Napoleon en 1808, observamos no pocas celebridades militares, que sin los azares y conflictos de aquella época, no hubieran llegado á desarrollarse prestando un eminente servicio á la Europa entera, ni ofrecido á la *Historia de España* las honrosas páginas que tanto ennoblecen á sus hijos. Desgracia ha sido para esta nacion, que despues de conseguido aquel universal objeto, la caida del capitan del siglo, nos hallamos divididos y envueltos en disensiones intestinas, y empleando contra nosotros mismos las armas, proveyendo á cada bando jesfes bizarros y aguerridos que han hecho interminable la lucha, mas cuantiosos los sacrificios y dolorosos los resultados.

De este número ha sido don Tomás Zumalacárregui, que si bien no brilló durante la guerra de la independencia, aunque desde luego tomó en ella parte activa, porque carecia del prestigio y autoridad que dan los años, ha acreditado despues en su carrera que era un genio, y que no enbalde sus instintos belicosos le habian hecho mirar con tédio desde niño todo juego que no fuese de soldado ó de pelea, y pensar mas adelante en ser militar, respecto á que habiendo muerto su pa-

dre cuando él tenia cuatro años, y trece hermanos, conocia que difícilmente podrian obtener la educacion y colocacion correspondiente á la clase y distinguida nobleza de la casa solariega de los Zumalacárreguis, en el consejo de Ichaso, que tiene en el escudo de sus armas un jabalí al pié de un árbol, y por cuyos títulos de hidalguía, no ménos que por las prendas personales de sus individuos, es mirada con cariñosa veneracion en aquel país; así como todos los años se celebraba el dia 29 de Diciembre una solemnidad de familia, en la villa de Ormaiztegui, provincia de Guipúzcoa, aniversario del natalicio de nuestro protagonista, que tuvo efecto en igual dia del año de 1788 en la casa llamada *Iriarte-erdicoa*.

Muerto su padre don Francisco Antonio Zumalacárregui, escribano real y propietario de dicha villa, su viuda, doña Ana Inaz de Alcolaguirre, procuró con esmerado afan cuidar de la educacion de sus hijos, poniendo á la escuela á nuestro niño á la edad de cinco años, donde aprendió á leer escribir y contar: por pura aficion, y sin recibir lecciones, llegó á leer con perfeccion admirable el idioma latino, distinguiéndose al mismo tiempo entre todos sus condiscípulos por la viveza de su genio, su carácter un tanto colérico, aunque noble, y que le hacia respetar y temer de ellos, y por la inclinacion que tenia á organizarlos en partidas y batirse: lo cual hizo que su maestro don Juan Antonio Arizpe Urrutia, predijese á la madre, que *Tomás seria algun dia un gran capitan, si emprendia la carrera de las armas á que parecia inclinado.*

A los trece años pasó á ejercitarse en la curia, al lado de su primo, don Pedro José de Urrutia, escribano de Idiazobal, donde, melancólico y taciturno, permanecia siempre frio é impasible espectador de los juegos y diversiones de sus compañeros, en que nunca tomó parte.

Tres años despues se dirigió á Pamplona á instruirse en la curia eclesiástica, con el procurador don Francisco Javier de Ollo, padre de la que más tarde habia de ser su esposa; pero á los pocos meses sonó para España la hora del combate glorioso, que tan enaltecida fama debia dar al pueblo español en los anales del mundo; y desde aquel momento, ni las sosegadas tareas de su profesion, ni las delicias del primer amor, pudieron contener inerte á Zumalacárregui, que á la vista del levantamiento, que cual fluido eléctrico se comunicó instantáneamente á toda la nacion, corrió al peligro llena su fantasía de ilusiones y de ensueños, y ardiendo en deseos de celebridad y de gloria; porque era valiente desde niño, entusiasta por todo lo grande, por todo lo noble, por todo lo arriesgado.

CAPITULO II.

Guerra de la independencia.—Primer sitio de Zaragoza.—Accion de Tudela.—Se incorpora Zumalacárregui á la guerrilla de Jáuregui.—Pasa comisionado á Cádiz.—Su ascenso á capitan.—Sitio de San Sebastian y batalla de San Marcial.—Se le tacha de poco afecto al sistema constitucional, y se le separa de su regimiento.—Consecuencias de esta injusticia.

Voló el jóven Zumalacárregui á Zaragoza á defender la independencia de su país y el trono de sus reyes. El 8 de Junio de 1808, se inscribió voluntario en el 5.° tercio de zaragozanos, denominado despues batallon del Portillo, y en él militaba y recibió el bautismo de los combates cuando tuvo lugar el primer sitio de aquella ciudad, que dentro de poco debia aumentar sus honrosos títulos con los justamente merecidos de *heróica é inmortal*; porque cuenta el número de sus héroes, por el de sus habitantes.

Conocida por los franceses la importancia de Zaragoza, pábulo de las más dulces esperanzas de todos los españoles, especialmente de los que se hallaban en puntos dominados por aquellos, pusieron el mayor conato en sojuzgarla; establecieron el sitio con 40.000 hombres de sus aguerridas tropas, al mando del mariscal del imperio Lefevre; pero aunque no tenian otras murallas que destruir que el diamantino pecho de los sitiados, viéronse bien pronto diezmadas sus huestes, y en la necesidad de reforzarlas; y el emperador que atribuia á impericia del jefe, más que al fabuloso valor de los zaragozanos, la ineficacia del sitio, lo encomendó sucesivamente á Verdier, á Moncey, á Mortier y al duque de Montebello.

Preciso es hacer aquí mérito del general ilustre y esforzado que supo conquistarse en los dos sitios de dicha ciudad una celebridad nacional y una alta reputacion europea. El señor don José de Palafox y Melci, elevado por aclamacion unánime de todo un pueblo á la dignidad de capitan general de aquel distrito, resistió los perniciosos consejos de la junta de Madrid para que no hiciera frente á los invasores, con igual energía que rechazó los combinados y certeros ataques de estos. Celoso, infatigable y valiente, tan pronto salia para proveer la plaza de los recursos que ya escaseaban, como para atacar á los ene-

migos en sus campamentos; y siempre entre los defensores, siempre en el peligro, sabia alimentar la esperanza, alentar el valor.

Grandes y notables servicios prestó á la causa de la independencia española; en aquellos dias de prueba el batallon del Portillo, en que ya servia Zumalacárregui en clase de distinguido en que le habia colocado su misma bizarría, sus privilegiadas dotes. Sufria con ánimo contento y resignado todas las privaciones y peligros, sin amilanarse á la vista de tanta muerte como derramaba en torno suyo el fuego del enemigo, no menos que la epidemia de que se vieron acometidos. En los puntos de riesgo más intenso y donde el combate fué más encarnizado, allí tuvo la suerte de hallarse Zumalacárregui; y firme al pié de una tronera en el ataque comenzado por el Portillo, acudió con su batallon á hacer frente al que del lado de Santa Engracia emprendió despues el enemigo; y puede decirse que en los dias 3 y 4 de Agosto echaron el resto los sitiadores, y los sitiados se escedieron á sí mismo en heroismo y bravura; y que en ellos aprendia nuestro soldado á familiarizarse con los peligros, y pudo proveerse del valor, teson y firmísima constancia, que no dejó ya de mostrar en toda su carrera; pues el que permaneció firme y sereno en la madrugada de dicho dia 4 al frente de una formidable batería francesa, viendo destruidas las nuestras y practicables las brechas; el que entusiasta repitiera la voz de *guerra á cuchillo*, con que respondiera el ilustre Palafox á la propuesta de *paz y capitulacion*, que en el combate hiciera el general francés, predestinado estaba para ser el caudillo de un ejército y pilar robusto de la causa que abrazase.

Terminado el primer sitio de Zaragoza, se halló Zumalacárregui en otra ocasion no menos distinguida, la de Tudela. Reunidos en este punto en consejo de guerra, los hermanos Palafox y el general Castaños, para tratar de si era ó no conveniente defender á Zaragoza de la segunda embestida que el audaz enemigo le preparaba, se vieron sorprendidos, y tuvo que salir nuestro ejército, fuerte de veinte mil hombres, á hacer cara al enemigo. La quinta division y los aragoneses, entre los cuales marchaba el jóven Zumalacárregui, fueron el sosten del pabellon español; hasta que atacados repetidas veces por fuerzas muy superiores, quedaron envueltos, y el que pudo escapar llegó á Zaragoza lleno de cansancio y fatiga. Nuestro novel soldado fué uno de estos que ansioso de venganza, veia aumentarse su deseo de humillar las altaneras águillas francesas.

Alentados los franceses con el éxito de la batalla de Tudela, preparaban á Zaragoza un segundo y más glorioso sitio. Numerosas fuerzas se presentaron delante de sus muros el dia 20 de Diciembre, y apoderados de Monte-Torrero, trataron de bloquear la plaza, y empezaron poco despues á abrir la brecha. Para interrumpir los trabajos de

los sitiadores, hicieron los españoles una salida el 31, y aunque de ella volvieron con doscientos prisioneros, esto no impidió que Zumalacárregui, que habia ido en la descubierta, sufriese la misma suerte; pero su natural viveza y perspicacia, le proporcionaron pronto la evasion, y una noche aprovechándose de la oscuridad y de la confusion del campamento, logró escapar de manos de los franceses; no sin gran trabajo y terrible esposicion, dirigiéndose instintivamente hácia su país natal, adonde llegó al cabo de algunos dias, estenuado de cansancio y de fatiga. Los cuidados del hogar doméstico, pusieron pronto á nuestro soldado en disposicion de continuar sus servicios; y como por aquella sazon empezase á formar su guerrilla el célebre D. de Gaspar Jáuregui, conocido por el Pastor, corrió á ofrecerle su acero, templado ya en Zaragoza y Tudela. Con los brazos abiertos recibió Jáuregui á su compatriota, y le nombró su secretario, con cuyo carácter y como segundo jefe, de las partidas de aquel, se halló el 21 de Setiembre de 1809 en la accion de Azpiroz; el 29, en la de Oyarzun; el 2 de Noviembre, en la de Tieba; el 3 de Enero del siguiente año, en la de Santa Cruz de Campezu; y el 8 de Febrero, en la del Carrascal: acciones todas que fueron una larga série de triunfos que, aunque aislados, prepararon la victoria gloriosa y completa de un pueblo que, valeroso, sacude el yugo de sus opresores.

A principios de Abril de 1810, cuando ya estaba más regularizada la guerra y más en órden los elementos de defensa, entró á servir Zumalacárregui en el primer regimiento infantería de Guipúzcoa, concurriendo en clase de oficial, á las acciones de Villareal, del Puente de Belascoain y de Unzue, que este regimiento sostuvo con gloria en los primeros dias de Setiembre de dicho año; á las de Irurzun, Urrestilla, Ataun, Azcoitia y Puertas de dicha villa, en 1811; y á las de Arechavaleta, inmediaciones de Vergara, Loyola, Villareal de Zumárraga, Segura, Azpeitia y Vergara, en 1812; mereciendo á fines de este año la distincion de ser comisionado para dirigirse á Cádiz, y obtener la confirmacion de los despachos de los jefes y oficiales del regimiento, como se verificó pronta y cumplidamente, cual era de esperar de su natural despejo y notoria capacidad, no sin que contribuyese al buen éxito de sus pretensiones la feliz casualidad de hallarse como diputado en la isla gaditana su hermano el señor don Miguel Antonio de Zumalacárregui, cuya coyuntura aprovechó tambien en favor suyo, aguijoneado por el natural deseo de adelantar en su carrera, y consiguió el despacho de capitan efectivo.

Terminada de un modo tan lisonjero la comision que le condujo á Cádiz, se trasladó á las provincias á mediados de 1813, época en que la guerra tocaba á su fin; y participando del comun deseo de los pueblos que ansiaban *paz y gobierno*, se incorporó presuroso al

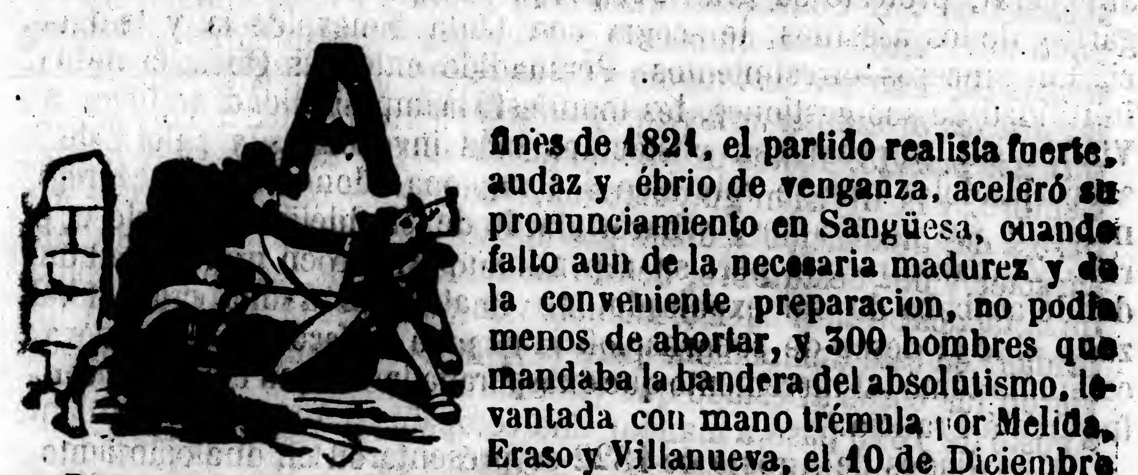
regimiento, y contribuyó á acelerar la terminacion de la guerra en las acciones de Descarga, Irrazain, Sasiola, Mendano y Salinas, conduciéndose e todas ellas con no ménos discrecion que bizarría, hallándose igual ente en la importante toma de la ciudad de San Sebastian, con el ejército anglo-hispano, en que le tocó entrar por una brecha.

En aquellos dias fué agregado al cuarto ejército á las órdenes del general Freire, y tuvo parte en la memorable batalla de San Marcial el 31 de Agosto, que tan notablemente contribuyó á enaltecer las glorias esp ñolas, por los heróicos esfuerzos que en ella tuvieron lugar, á propo cion del empeño que los franceses tenian en socorrer á los sitiados en San Sebastian. Perdieron la vida en aquella famosa jornada mil seiscientos cincuenta y ocho españoles, de cuyo singular mérito dió honroso testimonio el ilustre lord Wellington, cuando dijo: *que los españoles se habian portado en ella como las mejores tropas del mundo*. Faltos de auxilio los sitiados, capitularon el 8 de Setiembre, y la division guipuzcoana, en que servia Zumalacárregui, pasó á dar guarnicion á dicha plaza, donde aplicado y laborioso por carácter y por costumbre, dedicó los ratos de ocio al profundo estudio de la táctica, estudio que tanto habia de contribuir á su posterior celebridad: en este tiempo sonó para la España la hora del reposo, y volvieron las cosas al estado que tenian antes de la guerra. En fines de Agosto de 1815 pasó á mandar una compañía del regimiento infantería de Borbon: licenciado este á mediados de 1818, fué colocado con igual graduacion en el de Vitoria, y desde 1.° de Marzo de 1821 en el de las órdenes militares, 33 de línea.

Un año hacia entonces que se habia restablecido en todo su vigor el sistema constitucional, y por consecuencia natural de una reaccion tan violenta como la de 1814, las exigencias del partido liberal eran mas estremadas, y sus opiniones más intolerantes, bastando ser uno un poco frio ó prudente para adquirir la nota de desafecto. Esta calificacion mereció Zamalacárregui de los oficiales de su regimiento, por su continente grave y su silencio, quienes en union de sus jefes solicitaron su expulsion del cuerpo; y aunque reconocido posteriormente este error, solicitaron tambien su reposicion, y la obtuvieron, permaneciendo dos años despues al frente de la compañía, agasajado y estimado por los mismos que hicieran á su honor tan honda herida: su conducta en lo sucesivo no podia ser dudosa y devoraba en silencio la ofensa sin olvidarla; y de este modo, el que pudo haber sido un firme sostenedor de las libertades pátrias, habiéndosele guardado las consideraciones que merecia, llegó á ser caudillo esforzado é inteligente de las partidas de descontentos que por todas partes pululaban, y vino más tarde á proveer de general á un ejército valiente y numeroso.

CAPITULO III.

1821.—Pronunciamiento realista en Sangüenss.—Piensa Zumalacárregui abandonar la carrera militar.—1822.—Recibe órden de pasar á Vitoria.—Ofrecimientos de Quesada.—Los rechaza y vuelve á Pamplona.—Ocurrencia que le obliga á pasar á Francia.—Asciende á teniente coronel.—Acciones de Benabarre, Nazar y Asarta.—1823.—Se vindica de las imputaciones que le hacen.—Célebre sorpresa de Larrasoaña.—Invasion francesa.—Acciones en la vanguardia del ejército francés.



A fines de 1821, el partido realista fuerte, audaz y ébrio de venganza, aceleró su pronunciamiento en Sangüesa, cuando falto aun de la necesaria madurez y de la conveniente preparacion, no podia menos de abortar, y 300 hombres que mandaba la bandera del absolutismo, levantada con mano trémula por Melida, Eraso y Villanueva, el 10 de Diciembre en Berasoain, fueron dispersados y derrotados. Puede asegurarse que por entonces Zumalacárregui solo pensaba en sus intereses particulares. El gobierno babia mandado que se premiase la lealtad y bizarría de los oficiales del ejército con destinos en Rentas y plazas en la Admisnistracion militar, y Zumalacárregui hizo sus solicitudes; más su hermano don Miguel, que no queria se marchitasen en flor las esperanzas que su genio y su valor le habian hecho concebir, empleó todo su influjo para que no se le diese curso; y el interesado, que ignoraba la causa del mal éxito, se llenó de hastío y disgusto. En este estado pasó su regimiento desde Zamora á Pamplona, donde se aglomeraban fuerzas que sofocasen la insurreccion si otra vez volvia á renacer, con cuyo motivo hubo de pasarse revista á los antecedentes políticos de cada uno de los oficiales del ejército, para espurgar á los sospechosos, en la que Zumalacárregui no pudo salir más favorecido, aunque este recelo no se justificaba, recibió órden de pasar á Vitoria con otros dos oficiales del mismo regimiento, y los tres emprendieron su viaje; pero una partida de ladrones, capitaneada por el feroz y desalmado carnicero de Tolosa, se apoderó de ellos, hasta que al cabo de quince dias quedaron en libertad, á beneficio de la persecucion que sufrian sus opresores por parte del general Quesada, que

concibió la idea de catequizar á los tres oficiales para engrosar sus filas. A este propósito no hubo consideracion ni agasajo que no usase con ellos, siendo Zumalacárregui el objeto de su atencion Empleó todos los medios persuasivos de seduccion, pintándole por un lado la ingratitud de los liberales, y por otro la halagüeña perspectiva que ofrecia á su porvenir una causa que juzgaba de acuerdo con sus principios. Y aunque en el fondo no careciese todo de exactitud prefirió no abandonar las filas constitucionales; para parecer más intachable y más leal, por lo mismo que se habia arrojado sobre él la nota de sospechoso; y por consiguiente, sin contradecir al general, protestó su gratitud, porque despues de salvarle de las garras de los asesinos, le acogia con tanta benevolencia y le hacia tan sinceros ofrecimientos. Persuadido entonces Quesada de la inutilidad de sus gestiones, les manifestó la imposibilidad de llegar á Vitoria sin tropezar con obstáculos más invencibles y peligrosos, aconsejándoles que se volviesen á Pamplona, donde podian reponerse de sus quebrantos, y hacer alarde de su fidelidad. Así lo verificó Zumalacárregui; pero su repentina aparicion en una ciudad de donde acababa de ser expulsado, no se atribuyó á una causa forzada, sinó al deseo de sobornar oficiales para la faccion. Esta nueva calumnia tomó tal incremento que exasperada la víctima concluyó con fugarse á Francia.

A mediados de Agosto de 1822 se presentaron en el alojamiento de Quesada, en el pueblo de Almandoz, valle del Bastan, Zumalacárregui y sus dos compañeros. No es fácil descubrir la benévola acojida que el general les dió; pues tomaba como un feliz augurio para su causa la espontánea presentacion de tantos oficiales inteligentes y bizarros, que el fanatismo intolerable de los constitucionales arrojaba á las filas del absolutismo. El segundo batallon de la division navarra se hallaba sin jefe. Quesada puso al frente al capitan Zumalacárregui, con el grado de teniente coronel, conociéndose á los pocos dias su influjo en la organizacion y disciplina del mismo cuerpo. Ningun movimiento se emprendia sin su consejo; por él se diseminaron las fuerzas realistas, reunidas antes imprudentemente por Quesada; bajo su direccion se dió el ataque de Bolea, el 5 de Setiembre: el de Benabarre, el 18 del mismo; y otros varios en que salió triunfante; y por haberse arrojado el general sin su acuerdo, á la temeraria empresa de sorprender á Vitoria, sufrió un horroroso descalabro en 26 de Octubre entre Nazar y Asarta, que le hizo perder la simpatía de los Navarros y emigrar á Francia, del mismo reino vino á encargarse del mando el general don Cárlos O-Donell, y adoptando un sistema diametralmente opuesto al de su antecesor, subdividiendo las fuerzas en pequeñas partidas, que no podian obte-

ner nunca un resultado decisivo, conoció el disgusto que esto producia y se volvió á Francia, sucediéndole don Santos Ladron.

El 9 de Enero de 1823 emprendió Zumalacárregui la sorpresa de una columna que se hallaba en Estella, donde penetró con su batallon hasta la plaza de Santiago, pero fué auxiliada de 2.000 hombres, teniendo precision de retirarse aquel á las montañas de Salazar y Aezcoa, donde se guarecia la junta realista, de cuya custodia se hallaba encargado; y poco despues tuvo que vindicarse de otra falsa imputacion de sus émulos que supusieron haber sido sorprendida esta junta.

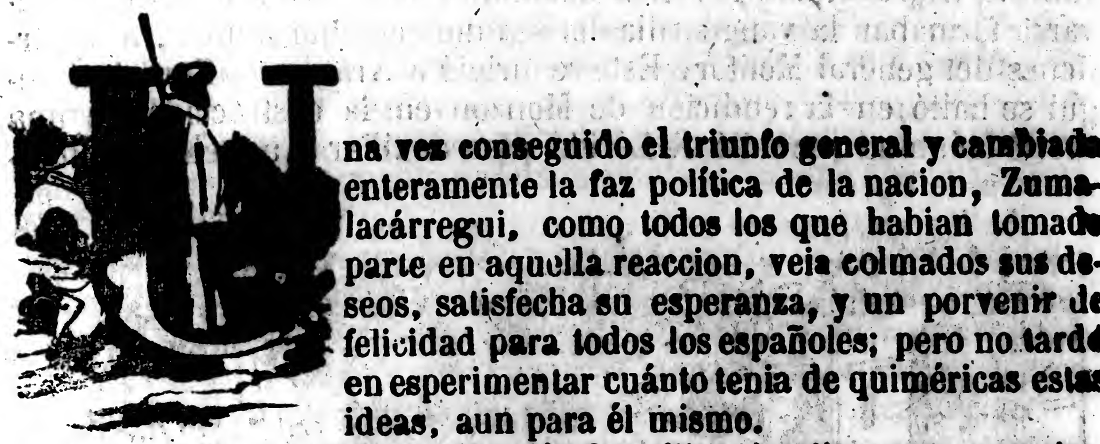
En seguida pasó á Francia para recibir de O-Donell y custodiar á Navarra el armamento y equipo para toda la division. Doce dias tardó en evacuar esta comision, y tuvo tiempo de hallarse en la accion de Larrasoaña el 20 de Marzo, en que los constitucionales dejaron en el campo 400 soldados y 700 prisioneros. Poco tiempo despues entraron las tropas francesas. Los batallones segundo y tercero de Navarra formaban la vanguardia del segundo ejército francés, á las órdenes del general Molitor. Este se dirigió á Aragon, y Zumalacárregui se halló en la rendicion de Monzon en la destruccion de una fuerte columna que salió de Lérida para auxiliar á aquellos; y final-



mente, persiguió con su batallon una columna de caballeria que mandaba el general San Miguel. En seguida concurrió tambien al bloqueo y rendicion de Lérida.

CAPITULO IV.

1824.—Organiza Zumalacárregui el batallon ligero provincial de Navarra.—Queda sin colocacion y pasa á Pamplona.—Es nombrado individuo de la comision milita.—1825.—Recibe los despachos de teniente coronel de Cazadores del Rey.—Desempeña las funciones de coronel.—1828.—Pasa al regimiento del Príncipe.—Admira el Rey Fernando en Zaragoza la brillantez de este cuerpo.—1829.—Es promovido á coronel del de Voluntarios de Gerona.—Reorganiza los cuerpos de inválidos del reino de Valencia.—Concurre con su regimiento á Madrid para solemnizar la entrada de doña María Cristina.—Celos y rivalidades que escita.—Sus consecuencias.—Pasa de gobernador al Ferrol.



na vez conseguido el triunfo general y cambiada enteramente la faz política de la nacion, Zumalacárregui, como todos los que habian tomado parte en aquella reaccion, veia colmados sus deseos, satisfecha su esperanza, y un porvenir de felicidad para todos los españoles; pero no tardó en esperimentar cuánto tenia de quiméricas estas ideas, aun para él mismo.

A su bien merecida nombradía de militar inteligente y organizador, debió el que se la encomendase por el capitan general de Navarra, la creacion de un batallon sobre la base del antiguo de voluntarios de Navarra, con los restos de la division de la misma provincia; y cumplido su cometido en pocos meses, despues de vencer muchos obstáculos, tuvo el disgusto de ver que se le diera á otro el mando y se retiró á Pamplona con licencia ilimitada, para sobrellevar en el seno de su familia los rigores de su vida pública. El mismo capitan general, queriendo sin duda mitigar la pena que supondria le habia causado el desaire sufrido, le nombró individuo de la comision militar ejecutiva, creada allí como en las demás provincias á mediados de 1824 para castigar los delitos políticos y de robos; y aunque Zumalacárregui no se hallaba dotado de la dureza y crueldad necesaria para llenar los deseos del gobierno en aquellas comisiones de sangre, cuyo tirano y sultánico reglamento amenazaba de muerte la existencia de la mitad de los españoles, hubo de admi-

ñr el cargo y en él se condujo con la lealtad y templaza propia de sus buenos sentimientos.

El 23 de Agosto de 1825 recibió los reales despachos de teniente coronel del regimiento infantería Cazadores del Rey, primero de ligeros, con antigüedad desde igual dia del año 1822, y desempeñó las funciones de coronel por espacio de catorce meses; con el mismo empleo pasó al regimiento del Príncipe, tercero de línea, que á principios de 1828 estaba de guarnicion en Zaragoza, y el coronel prendado de su pericia, delegó en él todas sus facultades. Al momento se conoció la influencia de Zumalacárregui en el manejo de su cuerpo, y así es que el del Príncipe se distinguió tanto en un simulacro que se celebró para festejar á SS. MM. de vuelta de Cataluña, que el rey hizo llamar á los jefes superiores del mismo, y felicitó á su coronel por los positivos resultados de su celo, y habiendo contestado este con laudable modestia, que todo era debido al teniente coronel, repuso el rey: «celebro saberlo, pues no quiero que tan brillante oficial espere por más tiempo un grado que tan merecido tiene.» Tanto satisfizo á Zumalacárregui esta manifestacion, que se juzgó suficientemente compensado de todos sus afanes. El 1.° de Febrero de 1829 fué promovido á coronel del regimiento voluntarios de Gerona, tercero de ligeros.

En Marzo siguiente se le cometió tambien la organizacion y reforma de los cuerpos de Inválidos del reino de Valencia, lo que efectuó tan cumplidamente, que á los pocos meses podia rivalizar en órden, instruccion y buen porte, con la tropa más lozana y jóven del mundo.

Para solemnizar la entrada de doña María Cristina de Borbon en la córte, al tiempo de su enlace con el rey don Fernando, fueron llamados los cuerpos más lucidos del ejército, y entre ellos el regimiento de infantería de Estremadura, catorce de línea, que mandaba Zumalacárregui desde mediados de 1829, notable por su brillante porte, y por la instruccion que manifestó en los simulacros que entonces tuvieron lugar; y estas circunstancias que debieran proporcionar un ascenso á su jefe, sirvieron solo para escitar celos y envidia, que empezaron á significarse por privar á éste del grado inmediato que se dió por regla general á todos los coroneles de los cuerpos que se hallaban en Madrid; y despues por hacer salir el regimiento para el Ferrol, de cuya plaza fué nombrado gobernador el coronel Zumalacárregui, donde tuvo ocasiones, contra las ideas de los detractores de figurar en primer término por su inteligencia, su pericia y su infatigable celo en el desempeño de las comisiones de alguna importancia que naturalmente debian recaer en él, pudiendo decirse que ésta posicion inauguró su vida pública.

CAPITULO V.

1832.—Importante descubrimiento y esterminio de una sociedad de ladrones.—Nueva calumnia por consecuencia de este servicio.—Se le separa del gobierno del Ferrol y del mando del regimiento, y se le sujeta á un proceso.—Resultado feliz de este.—1833.—Pide licencia ilimitada para Pamplona.—Entrevista secreta con don Cárlos en Madrid.—Primeros síntomas de insurreccion.—Impaciencia de Zumalacárregui por salir á campaña.—Huye de Pamplona.—Le proclaman los realistas por su caudillo.—Sus primeros planes.—Célebre accion de Nazar y Asarta.

Siendo Zumalacárregui gobernador del Ferrol se le dió el muy espinoso cargo de descubrir y aniquilar una sociedad de ladrones que tenia atemorizado el Ferrol y sus contornos, y á poco tiempo hizo presos á más de cuarenta individuos, incluso el jefe principal; mas la sociedad, que contaba unos veinte años de existencia, y se hallaba perfectamente organizada con los sujetos de más prestigio y caudal de aquella tierra, millonarios algunos, debió proponerse perder ó cuando menos apartar del Ferrol al hombre inexorable que se habia resistido á los halagos del oro lo mismo que á las amenazas. Al efecto se supuso que el coronel gobernador Zumalacárregui y su regimiento, trataban de apoderarse del arsenal y de ciertas autoridades en la noche del 29 de Octubre de 1832, para oponerse al real decreto de 6 del mismo, en que el rey autorizaba para el gobierno del Estado á su augusta esposa, y aunque esta nueva calumnia debió quedar completamente desvanecida con la conducta que él y su tropa observaran, el comandante general del apostadero habia reunido toda la tropa y dependientes de Marina en el arsenal, dando así importancia á unos anónimos, fraguados quizás por los mismos ladrones, siendo el resultado separarle del gobierno y del mando del regimiento y procesarle; y á pesar de que por fin el consejo supremo de la guerra le declaró inocente y digno de las bondades de S. M. no se estimó conveniente colocarle. Entonces solicitó y obtuvo la licencia ilimitada para Pamplona; y antes de marchar á aquel destino, instigado de su mala suerte y de ciertos sujetos que se hallaban al

frente de la conjuracion carlista, tuvo una entrevista secreta por el infante don Cárlos, en que le ofreció sus servicios y su espada: y S. A. le contestó que esperase en Pamplona los acontecimientos.

Muchos y muy importantes fueron los que tuvieron lugar en el año de 1833, haciendo más difícil y complicada la situacion de España, pero la lucha estaba contenida por la vida precaria de un hombre próximo á exhalar el último aliento; y cuando el 29 de Setiembre descendió á la tumba el rey don Fernando VII, los apasionados de don Cárlos, que ya habian manifestado sus tendencias en varios puntos, se arrojaron á la arena.

Impaciente estaba el coronel Zumalacárregui por salir á campaña en el momento de recibirse en Pamplona la noticia de la muerte del rey; pero las lágrimas de su familia pudieron contenerlo por entonces, hasta que recibió una carta de Eraso, previniéndole que saliese á ponerse al frente de los valdorveses. Al mismo tiempo recibió otra comunicacion de Uranga para que se viniese: así lo verificó inmediatamente, y los dos juntos se dirigieron á Vitoria donde se propuso á Zumalacárregui si queria pasar á Castilla á ponerse al frente de la fuerza que acaudillaba Merino, ó bien á Navarra á colocarse á la cabeza de los resueltos provincianos, y aceptó esto último.

En el valle de Araquil, cerca de la carretera de Pamplona se divisaba una mañana del mes de Octubre de 1833, un grupo compacto y numeroso de soldados carlistas, que mustios y abatidos, espresaban en su aspecto, el estado precario de su causa. Conversaban en este sentido, cuando vieron dirigirse hácia ellos un hombre envuelto en una capa y con boina y alpargatas á estilo del país, y como por instinto, á medida que se iba acercando se animaban sus semblantes, y el apiñado grupo le habria paso hasta su centro. Llegó, en fin, y cuando rodeado de toda aquella gente se dió á conocer, el más ferviente entusiasmo se apoderó de todos, que levantando en alto los fusiles, lanzaban gritos de júbilo marcial, y llenaban los aires con la voz unánime y atronadora de ¡*viva Zumalacárregui*! El por su parte tambien rebosaba de alegría. Su fisonomía expresiva y un si es no es severa, revelaba en aquellos momentos toda la espansion de su alma; sus ojos negros querian salirse de sus órbitas de placer; le parecia ver realizados sus sueños de gloria, y próximos á satisfacerse sus deseos. Frisaba entonces en los 45 años: era su estatura regular, ancho de espaldas, los hombros desnivelados por efecto de una caida: de tez morena y casi siempre pálida; pelo negro, mirada perspicaz y centelleante, espresion triste y pensativa, y con bigote unido á las espesas patillas era un conjunto imponente y á veces amenazador, conociéndose muy á las claras en su figura y modales que habia nacido para mandar, y que estaba predispuesto para dirigir la suerte y poner muy al-

tas las esperanzas de un partido que las tenia abatidas. Iturralde fué el primero que le disputó el mando, enviando dos compañías para arrestar á Zumalacárregui; mas este, apoyado en ese influjo y ascendiente que los hombres de mérito ejercen, se adelantó y previno con firmeza al jefe que mandaba la fuerza, que de órden suya procediese al arresto del general Iturralde: lo que efectuó inmediatamente, y conduciéndole á su presencia, el generoso Zumalacárregui le nombró su segundo, manifestándole que á no disponerlo el rey, á nadie cederia el mando más que á Eraso, que habia sido el primero en proclamar á Cárlos V.

Dueño absoluto del campo carlista, fué uno de sus primeros pensamientos el nombrar una junta económica, encargada de recaudar los intereses y acopiar subsistencias, armamentos, vestuario y municiones; y libre de este cuidado, se dedicó á organizar las fuerzas por batallones, instruirlos y disciplinarlos; proveyendo á cada soldado de una boina, canana, capote gris, patalones encarnados, zapatos y dos camisas: estableció un sistema de espionaje admirable; y como complemento de su plan, previno por un bando el bloqueo de todos los puntos fortificados por las tropas de la reina, creando al efecto un cuerpo de aduaneros.

En este estado quiso Zumalacárregui hacer su primera tentativa sobre Bilbao, objeto constante de su ambicion y causa primordial de su desgracia; librando una accion en los pueblos de Nazar y Asarta, donde se situó con 6.000 hombres. El general Lorenzo, unido á la columna de operaciones de Aragon marchaba resuelto contra los enemigos; y en fin, el 29 de Diciembre tuvo efecto este combate, en que diferentes veces balanceó la victoria; y Zumalacárregui, prefiriendo á un resultado aparentemente glorioso la conservacion de su gente, se retiró á Santa Cruz de Campezu.



CAPITULO VI.

1834.—Se introduce Zumalacárregui por sorpresa en la ciudad de Vitoria.—Prisioneros de Heredia.—Se confia al general Quesada el mando del ejército.—Inútil tentativa para separar á Zumalacárregui del partido carlista.—Estatuto Real.—Tratado de la Cuádruple alianza.—Acciones de Alsasua y de las Dos-Hermanas.



Guiando Zumalacárregui sus tropas por caminos escusados logró introducirse por sorpresa dentro del recinto de la plaza de Vitoria, pero fué rechazado; y ciego de cólera, habiendo tropezado en Alegría con un destacamento constitucional que por fin se le rindió, les hizo fusilar, dando por la primera vez de su vida un ejemplo de crueldad, que tuvo despues bastantes imitadores.

El general Valdés, más activo que afortunado, fué reemplazado en el mando del ejército, á principios de Febrero, por don Vicente Genaro Quesada, marqués de Moncayo. El gobierno creyó entre otras cosas que este general tendria alguna influenciasobre el caudillo carlista, su subordinado y amigos en otros tiempos; y en consejo de ministros se ofició si convendria atraer por medio de halagüeñas promesas á Zumalacárregui. Acogida unánimemente esta ida, consideraron conducente la cooperacion de su hermano don Miguel Antonio Zumalacárregui, antiguo y acreditado liberal y magistrado íntegro y respetable, quien fué llamado con reserva á la secretaría de Estado. Acudió y delante de todos los ministros se concretó á hacer alguna indicacion acerca del carácter de su hermano, y la pundonorosa nobleza de sus sentimientos; en cuya virtud se acordó que el mismo hermano tuviese con él una entrevista. El señor don Miguel fué con este objeto hasta Logroño, y desde allí escribió á su hermano en los términos mas afectuosos, pintándole cuán falsa era su posicion y la de cuantos seguian las banderas de don Cárlos; que por efecto de las persecuciones que sufrió en el Ferrol, le decia, no debia volver nunca la espalda á su pátria ni á su reina; que podia confiar en las promesas de Quesada, que gozaba de la más alta consideracion del gobierno y que si queria proporcionar una entrevista, quedarian desvanecidos todos sus escrúpulos y disipada cualquiera desconfianza que pudiera tener. En el mismo sentido escribió el general. Mas el jefe carlista, que

fijaba la mirada en sus numerosos y bien organizados batallones, contestó: «Que necesitaba consultar una medida de tanta consecuencia, con los cuerpos y con los sujetos de rango y de ilustracion que habia allí y estaban como él interesados en el asunto.» Este medio evasivo le parecia el más adecuado para rechazar unas proposiciones que en su concepto no tenian orígen en la espontánea voluntad de su hermano, sino que era un lazo que le tendia el gobierno de Madrid, y en que prendido una vez, quedaria por siempre mancillado su honor, desvanecidas sus esperanzas y enteramente perdido su porvenir.

Viendo el gobierno que la rebelion se estendia á todas las provincias, y que ni los medios diplomáticos, ni los ejércitos numerosos bastaban para convertir en amigos tibios á los que eran implacables enemigos, dió á luz en Abril el *Estatuto Real*, que ni satisfacia á los unos ni dejaba de alarmar á los otros. Despues hizo que entrasen en Portugal el general Rodil, porque temia se nos entrase don Cárlos en España, y finalmente entonces tuvo tambien efecto el tratado de la Cuádruple alianza, que solo sirvió para concebir esperanzas que no tardaron en desvanecerse.

El general Quesada salió de Salvatierra el 22 de Abril, escoltando un numeroso convoy de enfermos, de caudales, y diferentes efectos para Pamplona, y se proponia operar sobre el valle de Araquil, para bajar el orgullo á Zumalacárregui: este no tenia menos deseos por su parte de dar á aquel una severa leccion, y salió presuroso á su encuentro, tomando posiciones en la colina en que descansa el pueblo de Alsasua, precisamente en el punto en que sus entusiasmados soldados le habian aclamado su caudillo. Tenia allí once batallones y tres escuadrones. Antes de empezar el ataque usó Quesada una baladronada que el jefe carlista no merecia ciertamente: le envió una comunicacion por medio de un oficial en que le intimaba en términos bruscos y groseros, que depusieran las armas. Zumalacárregui tomó el pliego, y como leyese en el sobre: *Al jefe de los bandidos*, se le devolvió en el acto al oficial portador, encargándole con dignidad, que dijese á Quesada: «que como no iba dirigido á ningun jefe del ejército carlista ninguno habia querido abrirlo.» En fin, viendo aquel la indecision de las tropas de la reina, tomó la iniciativa y comenzó el ataque con un movimiento de flanco, para caer por la espalda de las eminencias de Uzagárate.

Hubo por una y otra parte una obstinada resistencia, y el triunfo hubiera sido completo para los carlistas sin el inesperado refuerzo de la division de Jáuregui. Sucumbieron en esta jornada muchos valientes, entre ellos el capitan de la Guardia Real don Leopoldo O-Donell, jóven de grandes esperanzas; fué tambien hecho prisionero el oficial Clavijo, con 83 soldados, y una compañía entera de la Guardia Real

Provincial y todos fueron fusilados al dia siguiente, por haberse negado Quesada bruscamente al cange que Zumalacárregui le propuso.

Zumalacárregui no se dormia sobre sus laureles. Al saber por sus confidentes, que Quesada tenia el proyecto de apoderarse de la Borunda, y que emprendia la marcha, se situó á la entrada del valle de Gallinas, sobre las eminencias que llaman las Dos-Hermanas, y sorprendió su aspecto, sin duda á aquel general y á Lorenzo que le acompañaba, pues al pronto se quedaron suspensos; mas por evitar las degradantes deducciones que se sacarian de retirarse sin quemar un cartucho, se decidieron á atacarle; y el resultado fué dejar el suelo sembrado de cadáveres: en cuya vista abandonó Zumalacárregui el campo, pues su plan no era otro que el ir diezmando los soldados de la Reina.

CAPITULO VII.

Sorpresa de Muez.—Entra don Cárlos en España.—Accion en el Puerto de Artaza y en los campos de Larrion.—Sorpresa de Carondelet en Viana.

El 26 de Mayo á las dos de la madrugada se vió sorprendido el cuartel general de Muez, donde tranquilo se hallaba durmiendo Quesada; y aunque dos compañías del primer batallon de Soria que vijilaban dieron la voz de alarma, y pudieron salir y tomar posiciones y algunas casas, las tropas de la reina, mandadas por el general en jefe y por Moscoso, Meer y Linares, haciendo jugar la artillería, tuvieron al fin que ceder y retirarse á Pamplona, dejando el campo á los carlistas.

A fines de Mayo abandonó don Cárlos el Portugal y á principios de Julio salió de Inglaterra, atravesó la Francia, y llegó á Elizondo el dia 10, sin más acompañamiento que su secretario y un indivíduo de la junta gubernativa. Inmediatamente escribió á Zumalacárregui, que se presentó el 12, y despues de dirigirle algunas palabras que rebosaban gratitud y satisfaccion, se arrojó en sus brazos, le estrechó contra su corazon y le manifestó con toda la elocuencia del sentimiento, cuán dichoso se creia al ver á su lado al diestro y entendido general, que dando una sabia direccion al entusiasmo de aquellas provincias, habia convertido en un ejército las desordenadas masas de sus numerosos partidarios. Al dia siguiente pasó revista en Benuz, á seis batallones y tres escuadrones, que entusiasmados lo mismo que poblaciones en-

teras que concurrian á disfrutar de la presencia de su rey, se entregaron por unos dias al júbilo y á la alegría.

Desde entonces se fué creando una numerosa córte y aumentándose estraordinariamente el entusiasmo; pues se engañaron cuantos creyeron en aquel dicho de un ministro visionario, de que don Cárlos en Navarra no era otra cosa que *un faccioso más*.

Tambien contribuyó á alentar á la vez á los liberales la presentacion simultánea de Rodil en las provincias, con catorce mil hombres, refuerzo no despreciable, que Zumalacárregui se propuso dividir, como lo consiguió, aconsejando á don Cárlos que obrase siempre separado de él, pues Rodil cifraba su mayor empeño en perseguir el cuartel real; y así es que se dedicó á este objeto enviando dos columnas contra Zumalacárregui. Equilibradas así las fuerzas, no tuvo inconveniente en presentar una accion en los puertos de Olozagoitia y Circurdias; accion de dudoso éxito; pero convencido el general carlista de que Rodil no tenia superioridad sobre él.

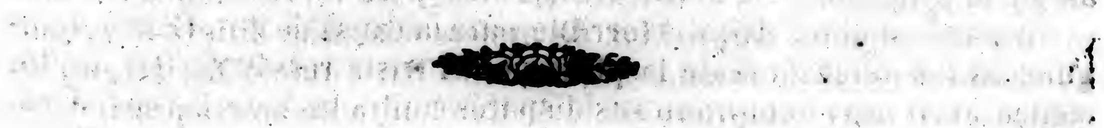
A este triunfo dudoso, siguió otro completo, á todas luces, para las tropas carlistas, el 9 de Agosto. Rodil se entretenia, por decirlo así, en hacer la guerra á los pueblos, y pronto logró Zumalacárregui vengar tantos desafueros, por medio de una sorpresa, en que los liberales creyeron no podia pensar ya, á causa de la activa persecucion que sufria; pero lo cierto es que noticioso de que se dirigian contra él tres columnas á las órdenes de Figueras, Oráa y Carondelet, y que la de este último se hallaba en Galdeano, entre Estella y las Amescuas, al paso que Oráa y Figueras estaban próximos á Eulate, se dirigió rápidamente al pueblo de Eraul, situándose en lo mas elevado de una montaña, desde donde distinguió al enemigo formado junto al puente y pueblo de Larrion, dando muestras de dirigirse á Estella: en seguida dispuso se emboscasen algunas fuerzas en las Peñas de San Fausto, por donde debia penetrar aquel candoroso general, quien deseando pasar terreno tan quebrado, precipitó el paso de su tropa, cuya vanguardia de caballería no descubrió la emboscada, ni él la sospechaba. Una descarga de fusilería á quema-ropa, anunció á los pobres soldados de la reina que eran víctima de una sorpresa, cuatro batallones al mando de Goñi, salieron de la espesura y acometieron á la bayoneta, consiguiendo arrollar la division, y haciendo horrible estrago en su vanguardia y en el centro. La retaguardia era rudamente acometida por algunas compañías de preferencia, que dirigia el primer ayudante general de estado mayor, don Juan Antonio Zariátegui, los cuales, cortando el paso del puente de Larrion, obligaron á precipitarse al rio á los soldados que á toda costa quisieron evitar el caer en manos de sus enemigos. Los mas de los oficiales de la reina fueron muertos ó prisioneros, entre ellos el conde de Via-Manuel: y finalmente,

se aprehendieron un considerable botin y cuantiosas sumas de dinero, que el desprendido Zumalacárregui hizo distribuir entre sus bravos soldados.

Es de observar que tratando este de conservar la vida al prisionero conde de Via-Manuel, propuso á Rodil su cange por un oficial y algunos soldados carlistas que tenia en su poder; y habiendo recibido la contestacion de *que los habia pasado por las armas*, se dirigió á don Cárlos, quien *no consideró justo conservar la vida á un grande de España, cuando se fusilaban oficiales de un rango inferior y soldados hechos prisioneros con las armas en la mano.* Así que, tuvo el sentimiento de dejar que sufriera el jóven conde esta pena.

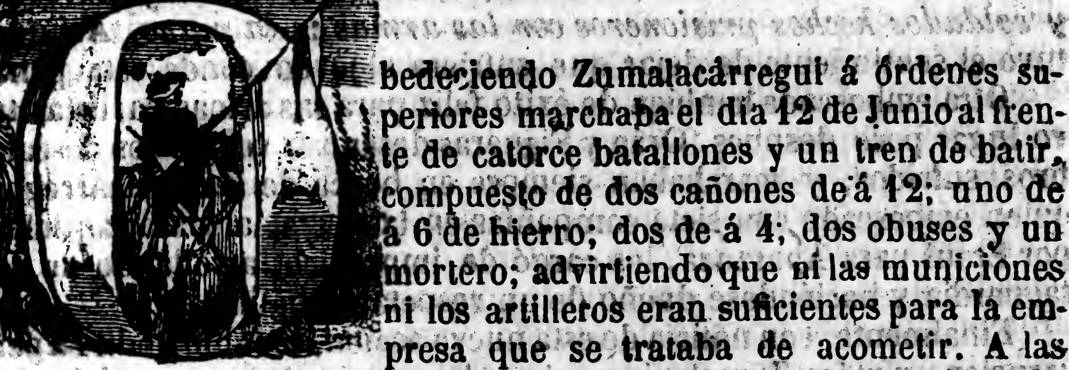
Otra emboscada tambien de éxito feliz para las armas carlistas tuvo lugar poco despues. Orá y Figueras deseaban vengar los descalabros sufridos, y marchaban siempre en busca de Zumalacárregui, quien emboscado con siete compañías en la sierra, al pasar aquellos por Eraul para Abarzuza, los cargó de improviso, arrollando su retaguardia y haciéndose dueño de un respetable botin.

Finalmente, con noticia de esta nueva accion, redobló Rodil su persecucion, y vióse Zumalacárregui en la necesidad de correr hácia la estremidad de la ribera de Navarra inmediata á Alava, en cuyo caso concibió la idea de sorprender á Carondelet, que se hallaba en Viana; y salvando en pocas horas las diez leguas que le separaban de él, en la mañana del 4 se hallaba al frente de Viana con tres batallones navarros, dos compañías de guias, y el regimiento de lanceros. Vióse el general Carondelet, cuando menos lo pensaba, con tan osado enemigo cerca de sí, y puesta la guarnicion sobre las armas, tuvo que ceder al arrojo de los enemigos, aunque el punto ofrecia muy buenos medios de defensa: se refugiaron en la iglesia y varias casas, y replegados los restos de sus 600 infantes al camino de Mendavia, creyendo que allí, al abrigo de 450 cazadores de caballería de la Guardia Real podrian rehacerse, mas los lanceros tuvieron un feliz estreno, y triunfaron completamente; siendo el resultado 300 muertos, 76 prisioneros, entre ellos siete oficiales, la bandera del regimiento de Castilla, caballos, equipajes, armas y otros efectos.



CAPITULO VIII.

1835.—Emprende Zumalacárregui el sitio de Bilbao.—Primer dia de ataque.—Se da un asalto desgraciado el segundo dia.—Al dia siguiente sale herido mortalmente y le conducen á Cegama.—Muerte de Zumalacárregui.



bedeciendo Zumalacárregui á órdenes superiores marchaba el dia 12 de Junio al frente de catorce batallones y un tren de batir, compuesto de dos cañones de á 12; uno de á 6 de hierro; dos de á 4; dos obuses y un mortero; advirtiendo que ni las municiones ni los artilleros eran suficientes para la empresa que se trataba de acometir. A las once de la noche llegó á Puentenuevo, donde estaba acampada la division de Eraso, que de antemano bloqueaba la villa. Allí supo Zumalacárregui que la guarnicion de Bilbao constaba de 4.000 hombres y los milicianos, con abundantes municiones, 40 piezas, las mas de grueso calibre, y muchas obras esteriores.

Al dia siguiente, despues del toque de diana, principió un fuego de guerrillas y algunos cañonazos de la plaza: se establecieron tres baterías en el punto de Miravilla, camino de Munguía y Begoña, y otra frente del Circo; y contestaron los sitiados con la ventaja que les daba su artillería. No tardó Zumalacárregui en conocer que eran vanos sus esfuerzos por abrir brecha, pues quedaron destruidas todas la baterías y para mayor desgracia se reventaron los dos cañones mayores.

El dia 14 despues de diana comenzó de nuevo el cañoneo con el mayor ahinco para abrir brecha: á las cinco de la tarde ya no contestaba la batería del Circo, y Zumalacárregui que vió desmontadas algunas piezas y destruidos parte de los parapetos, dió órden para el asalto, y marcharon hasta el foso con el mayor denuedo, donde infinitos encontraron la muerte, asiéndose del mismo fusil que veian asestado á su pecho. Fueron rechazados y se replegaron á la línea.

Amaneció el dia 15; dia terrible para la causa de don Cárlos, y orgullosos los defensores de la plaza por el triste resultado del asalto, comenzaron muy temprano sus disparos contra las baterías enemigas. A ellas se dirigió Zumalacárregui desde la casa que ocupaba en el barrio de Bolueta, y vió prácticamente que habia destrozado un mortero, arruinado una batería y hecho callar los fuegos de otra. Mientras

se impacientaba el general á la vista de este destrozo, que no le permitia proceder á un nuevo asalto que le reconquistase el prestigio de sus armas, le ocurrió la idea de subir á un punto elevado para observar las nuevas dificultades que le podian oponer los reparos hechos por el enemigo durante la noche; y ninguno mejor que el palacio de Begoña, situado á cien varas de la villa. Desde uno de los balcones se puso Zumalacárregui á examinar toda la línea enemiga con el anteojo que le regaló lord Elliot. Era entonces vivísimo el fuego que hacian los sitiados, cayendo una lluvia de balas sobre el mismo palacio, y los oficiales de estado mayor que acompañaban al general le advirtieron desde la sala el inminente peligro en que estaba, suplicándole se quitase del balcon. Zumalacárregui embebido en sus meditaciones, de nada hacia caso: dió algunas órdenes á la tropa sobre la colocacion de una batería, y se disponia á retirarse hácia la sala, diciendo á sus oficiales como para distraerlos, que no queria dejarse matar sin utilidad, cuando una bala de fusil le hirió en la pierna derecha, á la distancia de dos pulgadas de la rodilla. Corrieron los oficiales á sostenerle, y le sentaron en una silla privado de sentido: llamaron al médico Grediaga. Hecha la primera cura, mandó el general que le condujesen al punto á Cegama, y atendido el carácter del que dictaba esta órden imprudente, nadie se atrevió á contradecirle, ni la pudieron revocar las súplicas de sus amigos y su hermano don Eusebio, á quien encargó que fuese á Ormaistegui para tranquilizar á sus parientes.



Colocado Zumalacárregui en unas tablas, levantáronle algunos granaderos; y emprendieron el camino durante el cual iba fumando y

conversando con sus conductores, y al anochecer llegaron á Durango, donde enterado don Cárlos del estado y circunstancias de la herida, recomendó al médico apurase los recursos del arte, para conservar al hombre de quien dependia el triunfo de su causa.

Los facultativos se reunieron en consulta y resolvieron no estraer la bala, porque la herida no estaba supurada; pero el paciente, que atribuia á la bala los dolores generales que esperimentaba, quiso resueltamente que se la estrajesen, lo que se hizo, no sin causar un sensible destrozo en la pierna. Todos concibieron desde entonces lisonjeras esperanzas que no tardaron en desvanecerse; pues apoderándose del enfermo un gran temblor, hubo que administrarle el Viático y Estrema-Uncion que recibió con todo su conocimiento respondiendo él mismo á las oraciones del sacerdote. Se llamó á un escribano que preguntó al general: qué dejaba y cuál era su voluntad. *Dejo mi mujer y tres hijas que es lo único que poseo.* Y qué mas? replicó el escribano. *Nada, nada mas.* Algunos instantes despues, á las diez y media de la mañana del 24 de Junio, exhalaba el último suspiro en los brazos de su sobrina el ilustre guerrero cuya victoriosa espada y cuyo genio militar conquistaron para la causa carlista tan gloriosos lauros.

Se celebraron sus funerales al dia siguiente con la mayor pompa posible, presidiendo el duelo el mariscal de campo don Joaquin Montenegro, en nombre de don Cárlos, quien recompensó los servicios del difunto con los tres entorchados de capitan general y la merced de grande de España, que con el título de duque de la Victoria, conde de Zumalacárregui hizo estensiva á su esposa, sus hijas y sucesores.

